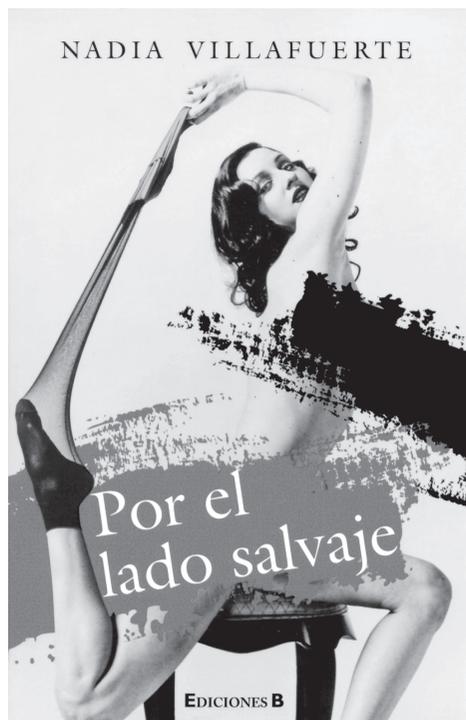


La mañana estalla en el rostro

Luis Felipe Pérez Sánchez

La mirada inicial tanto como la que finiquita la novela de Nadia Villafuerte (Tuxtla Gutiérrez, 1978) es un “pantanosos espejo sentimental”. Desde ese vidrioso lente todo se observa. Resulta un filtro, una fotografía que es, también, un espejo con memoria, un árbol cuyas ramas a veces sólo son un camino de ida, un volver a comenzar en otro punto. *Por el lado salvaje* “no es la historia de una puta en ascenso que tarde o temprano acaba muerta o chapaleando en el mismo desagüe que la engendró”. En todo caso, reside en las líneas de este texto el prontuario de una liberación, ésa en la que no se sabe qué hacer cuando da la apariencia de haberse terminado todo; un abandono de eso que solía buscarse porque se presenta con fronterizos toques de orfandad más que de tesoro encontrado. Hay asomos hacia una actitud revisionista, de dietario, de destinatario de cartas y postales, de espectador ante unas fotografías. Hay una invitación a inspeccionar eso que de profundo y de recuerdo tengan los elementos presentados porque “lo importante no es saber qué va a pasar, sino entender cómo es que hemos llegado hasta aquí”. Podría ser el modélico emblema de aquellos que buscaban redimirse de algo, no se sabría muy bien de qué, pero que, al conseguirlo, sólo se descubren al filo del acantilado, libres, paradójicamente dóciles, sin una regla que seguir. Un símil comprobatorio de eso que a los presos les sucede: “les cuesta salir a la calle después del encierro”.

Encuentro un claro aire de novela en ésta de Villafuerte. Se cuenta desde ese personaje que parece percibir un paisaje después de la batalla, una tormenta perfecta vertida en las páginas que componen los resistentes andamiajes del libro con portada sugerente cuyo contenido es una confirmación. De ritmo preciso, seductor y convincente,



la profundidad del periplo encadena las voces de un inquebrantable fotógrafo llamado Bardem, la postura y la entraña del biólogo Genaro, *Glen*, coleccionado ya antes por la autora en ese relato carnavalesco que lleva el mismo nombre de su anterior libro de cuentos, *¿Te gusta el látex, cielo?* (Tierra Adentro, 2008). Además de ceder naturalmente el reflector del relato a otros participantes, podemos seguir un lujo de recursos que llama la atención por el ritmo cardíaco, la cadencia de una transformación.

Tenemos un coro. Con su mera existencia podría asegurar una tragedia. El desfile de narradores lleva al lector a levantar la cabeza tras reconocer en *Por el lado salvaje* una consistente novela con juegos incandescentes y palpables dotados de la imaginación obstinada, en donde se encuentra distancia al disgusto que significa la vida cotidiana, la resistencia a los actos sin lustre.

Más allá de la sordidez, comenta Eduardo Huchín Sosa, la novela sortea las tentaciones de la descripción cruda, el costumbrismo, los clichés fronterizos o la escritura falsamente estilizada. Tiene entraña. Hay eso de necesario que solicitan los engranajes complejos. Es verosímil, un abanico menos contradictorio que errabundo. Encuentra su final en el origen de ese personaje a veces conductor declarado del cuento, un remedo de Sísifo liberado que, cuando deja de caminar, siente que le hace falta algo: ahí comienza la historia. Ésta es Lía, voz latinoamericana que marcha. Rompe los cercos de la isla. Encuentra, siendo una guerrera contra el destino, la sospecha de que todo se desgaja. Refiere su tránsito como el de una carencia, singularizada tras la vena de insatisfacción, ese efecto de no querer estar le propone un argumento caprichoso para iniciar el camino, para irse. Una vida basada en la ansiedad rotunda que, como líneas de la mano, obliga a inclinarse por el imperativo: “muévete”, mandato que, apunta la protagonista ubicua, la ha marcado. Este narrador personaje, junto con los que se enlistan a lo largo del escrito, comparte la descripción de un viajero, un trasunto de tiburón; dibujo con matices de desarraigo implícito, de movimiento continuo, de huidas que encuentran su detención en la *inmensidad del mar, ese gran homicida*, desde donde parece palpase una inesperada tranquilidad entera que casi molesta, que extraña, que sabe a orfandad a la que se le manotea.

Se recuenta la carencia en la que no hay dolor sino deseo, esa posibilidad de fuga, o al menos de evasión; un vacío en el que se puede flotar entre las decisiones asumidas como una venganza, una auténtica manera de rechazar las lecciones de la existencia, del destino, “una ruta de escombros”.

Novela feroz y de planteamientos vertiginosos, no parece guardar, sin embargo, la aspiración a la circularidad sino, por el contrario, se inclina a dar cuenta de los golpes de timón que desintegran cualquier empeño por cerrar. El impedimento a recular o a encontrar finales de atardecer amoroso lo asocio con la preservación de esa ambigüedad tan propia de la literatura. La narración en primera persona de esta descarada Lía, nos permite ver —y sólo como escenario más que como premisa— un horizonte árido, desolado, aunque no crudo; más bien cálido, como la resignación. Se filtran “Las lecciones”: “se trata del precio que debe pagar a cambio de la generosidad de aquéllos a quienes se ha encontrado: reorganizar, a través de los objetos, sus miserables existencias”. Por ahí se cuelan los trayectos apuntalados por verbos en presente, fogonazos que dotan de velocidad al relato. La rapidez encuentra densidad gracias a las múltiples puestas en abismo vertidas en molde líquido y maleable por el que registra este aire cervantino de la novela de aventuras, de los cabos sueltos, de las invenciones que guardan uno más de los hallazgos frente a esta novela: la capacidad para embragar de voz en voz, de historia en historia, y darle la posibilidad a ese coro para levantar un edificio paradigmático que defienda los elementos propuestos con esa desbordante libertad de movimiento.

Tenemos una construcción orgánica en ese sentido, pues, así como vemos que sus personajes viran sin líneas precisas, la propia escritura de ésta es un derrotero que pretende engañar, que emborrona las huellas, que ata los hilos desde el lado más débil, que se sostiene a partir de la confianza en la palabra, que se arriesga y opta por urdir no se sabe qué otro cuento, esas cajitas chinas que lo empujan a uno, una y otra vez, hacia lo hondo a partir de una ficticia *ecphrasis* en la que la escritura virtuosa, por sí misma, con sus texturas, la precisión y la cimentación de la imagen verbal, permite la emergencia dentro de esos marcos fotografados alguna vez. Abre hacia varios rumbos, sin miedo y con una ostensible morosidad literaria, obediente a la palabra, a la narración, al arte de hacer novela, y muestra las pesquisas de éstos que cuentan sobre sí mismos lo suyo, que es lo de todos, liga los rela-

tos de los que son contados, hace nudos entre la circunstancia de unos y de otros, ilumina esa vida invisible sin más aspaviento que el compás de una retórica contundente. Encontramos imágenes corrosivas, ácidas, también entrañables que desarticulan el monumento mineral de un retrato, de una fotografía hasta circunstancializarlo y hacerlo caminar como en cinematógrafo primero, luego, como lectura vertical para suscitar el aliento a moneda que toca el paladar después de alguna experiencia frenética, trátase de un impacto monstruoso o de un orgasmo. Lía traspasa la escritura y, sospecho, alcanza al lector que siente muy física cada pirueta de la narración, huele a ese coro aparatoso muy atado a lo que se puede sentir sin ser un acto de magia sino de la vida, un aliento expedito que juega con las geografías ya visitadas antes por Villafuerte: las atmósferas propias de un fotógrafo de guerras civiles, de una prostituta manca en un tugurio, de un poetaastro llamado *Spiderman*; un mapa de fronteras que encuentra sus ecos en los relatos entreverados que suelen contarse en sordina, cobijados por esa máxima decorativa que se llama soledad, y que abona para dar justo valor al porqué la autora recurre a estos paisajes ruidosos, sin embargo, cicateros, planos y siempre encharcados; pálidos por la tristeza, pero llenos de esa vida que se desgaja siempre.

La migración, pero sobre todo la existencia, se pone de relieve como tema uni-

versal, quizá muy limítrofe a ese descontento que marca el punto de arranque tanto de la novela como de cada personaje. El testimonio de movimiento y una recurrente marginalidad fundan algo que nos sugiere la idea de una búsqueda como semillero de todo. Una versión del romanticismo por rebeldía que coloca a los personajes en la pérdida, en la situación del desheredado horadando el destino de héroe dramático. Damos cuenta de lo universales que son estos sueños rotos del que tiende a querer la originaria experiencia individual. Si hemos de apuntar otro logro lo situamos en universalizar estas odiseas especiales, en darles cabida, en fundar un sitio para que ese yo y ese otro de los individuos con los bolsillos llenos de inseguridad y cautiverios se mire a través de la experiencia literaria y con ello salvarlos de alguna manera, ésa que nos acerca a los recuerdos malogrados en una libreta, las cartas de imágenes como lluvia escenográfica, a las imágenes guardadas en esos rollos de fotografías de una revolución; rostros ahogados por debajo del bromuro, en esas “Postales de Bonnie”, los veranos extranjeros, el relumbre trágico de historias. En conjunto, una ronda *Por el lado salvaje*, el de los perdedores, el de los insatisfechos, el de la vida, “ahí donde se comprende claramente cuál es su lugar en el mundo”: el sometimiento. **U**

Nadia Villafuerte, *Por el lado salvaje*, Ediciones B, México, 2011, 406 pp.



Nadia Villafuerte